



5 de enero de 1879

NO BUSCAR MÁS QUE LA VOLUNTAD DE DIOS

Santa María Eugenia de Jesús

Queridas hijas,

Durante este tiempo que pasamos junto al pesebre, quisiera animaros a hacer, en presencia de nuestro Señor, la meditación que se hace al comienzo de los retiros, sobre la indiferencia con respecto a las cosas creadas, es decir, sobre la disposición a recibirlas indiferentemente de la mano de Dios.

Nuestro Señor es un gran maestro en esta lección tan fundamental, tan necesaria, que lleva a una altísima perfección, cuando verdaderamente entramos en ella. Es muy necesario darse cuenta a sus pies del completo abandono con el que Jesucristo se entregó a todos los designios de la voluntad de su Padre.

Durante el retiro hacéis esta meditación; meditáis por qué fue creado el hombre, y cómo todas las criaturas deben ayudarlo a lograr este fin. Es para todos los hombres, aquí no se trata exclusivamente de la vida religiosa: todo cristiano, todo hombre bautizado, todo hombre creado pertenece a su Creador. Debe hacer la voluntad de Dios, tiene a Dios por principio y por fin. Es un hecho natural y universal. Incluso sin ser cristiano, uno pertenece a su Creador. El Creador tiene todos los derechos sobre su criatura. Esta es una de las verdades más completamente olvidadas en el tiempo en que vivimos.

Toda persona está en este mundo como si se hubiera creado a sí misma. Este es uno de los absurdos de los tiempos actuales. Hombres sabios, capaces, se ponen infinitamente por debajo de los simples paganos; porque los paganos reconocían que todo fue creado por un Ser superior. Y esta verdad estamos empezando a negar en el tiempo en el que estamos.

Por el hecho de nuestra naturaleza creada, recibida, pertenecemos a Dios como a nuestro Creador. Pero hemos sido elevados más alto: somos doblemente criaturas, por naturaleza y por gracia. Participamos del espíritu de Jesucristo, hemos recibido con la fe la gracia de nuestro Señor Jesucristo. Aunque no fuéramos religiosas, siendo cristianas, estaríamos obligadas a permanecer plenamente en la voluntad de Dios, que la preferiríamos a cualquier atracción de las criaturas que pudiera arrastrar al pecado - no solo digo al pecado mortal - porque una criatura bautizada no debe estar en un estado en el que consienta el pecado venial por un acto libre y voluntario. Ahora bien, estamos en un estado infinitamente más elevado: tendemos a la perfección, nos comprometemos por votos a pertenecer a Dios de una manera especial.

¿Cuál debe ser exactamente nuestra disposición a este respecto? Es que todos nuestros actos, todos nuestros pensamientos, todas nuestras palabras, como lo decimos en Prima cada mañana, vayan a procurar el servicio de Dios en nosotras y en los demás; que tengamos tanto horror a toda ofensa y a todo mal, que nuestra voluntad no se incline hacia las cosas creadas más que a lo que es la voluntad de Dios, y se aparte absolutamente de cualquier cosa que sea un pecado, incluso venial. Este es el estado más bajo donde podamos colocarnos. El más alto es el que, en las cosas creadas, no se tienda más que a lo que sea agradable a Dios, buscando imitar a Jesucristo en todas las cosas. Este es el estado de perfecto abandono.

La oración a la que hacía alusión es ésta de Prima. Decís cada mañana: *Que todas nuestras palabras, todos nuestros pensamientos, todas nuestras acciones tiendan a hacer la justicia de Dios*. Que todos sin excepción estén dirigidos *al cumplimiento de su justicia*. La justicia de Dios es su honor, su gloria, su servicio. He aquí la justicia de Dios, la santidad. De manera que ni un pensamiento, ni una palabra, ni una acción, ni un movimiento deberían tener otro fin que procurar la gloria de Dios y *hacer su justicia*, no según nuestras propias ideas, sino según los pensamientos, según la voluntad de Dios. Ese es el orden, y entonces nosotras estaremos en el cumplimiento continuo de lo que agrada a Dios.

Volvamos junto al pesebre. La Sabiduría Infinita, el hombre por excelencia, aquel cuya inteligencia es perfecta, cuya santidad es la de Dios, en quien todo está divina y humanamente por encima de toda criatura, nuestro Señor, lo vemos desamparado, de tal manera que depende de su criatura para lo que se quiera hacer con él, para recibir su alimento, para ser llevado aquí o allá. La santísima Virgen lo lleva – pero es San José quien le dice que lo haga – para ir Egipto, para volver. Nuestro Señor no tiene elección de ninguna cosa creada. Ser presentado a los pastores, ser presentado a los Magos, hace todo en admirable y perfecta obediencia. Desde la aurora de su vida mortal, está tan abandonado en todas las cosas creadas que no busca más que la buena voluntad de su Padre. Lo busca hasta el final, hasta la muerte humillante y dolorosa de la cruz.

Se nos da este tiempo de la santa Infancia para empezar un poco cada año la vida espiritual con nuestro Señor Jesucristo, despojándonos, dejando nuestros propios pensamientos, de tal manera que nuestra disposición, respecto a todo lo que podamos encontrar en este nuevo año, sea la de no tener otra elección más que la de la voluntad de Dios.

Esto lleva muy lejos. Tomad una de vuestras jornadas. Desde la mañana hasta la noche no debéis tener más elección que la voluntad de Dios: "Pero ¡yo podría hacer más bien! Tengo fervor, tengo necesidad de acción... ¡No ven que podría ser un apóstol!" ¿Quién podría ser más apóstol que nuestro Señor Jesucristo? Hasta los treinta años permaneció en la vida escondida, contentándose en hacer bien todas las cosas, según este axioma de los Santos del desierto: *Haz bien todo lo que hagas*¹. Hazlo completamente.

Haz bien todo lo que hagas. Ya sea arreglando objetos de madera como lo hizo nuestro Señor durante treinta años, o barriendo la casa, o no haciendo nada, como el divino Niño en Belén. Sea trabajando mucho como nuestro Señor en su vida apostólica, siendo estimado o despreciado, contado como algo, o considerado como nada. Así es como ha vivido nuestro Señor. Tenemos que mirar todo nuestro día y

¹ *Age quod agis*.

decirnos: ¿Con qué me he tropezado? ¿He encontrado repugnancias muy fuertes, deseos muy vivos? ¿De dónde venían? ¿A qué estoy apegada? ¿No estaré en la indiferencia de la que habla San Ignacio? ¿No quiero ser como nuestro Señor al que adoro en su pesebre, niño pequeño, flexible, despojado, comenzando, desde el instante de su Encarnación, a hacer lo que dijo más tarde y repite a menudo en el curso de su vida apostólica: *He aquí que vengo para hacer tu voluntad*². *Mi alimento es hacer la voluntad del que me ha enviado*³

Esto es lo que me he sentido obligada a recordaros. Es una de las grandes meditaciones que hacéis durante el retiro. Tenéis que volver a ella de vez en cuando, sobre todo en ocasiones en las que se siente el alma un poco presionada, un poco turbada. Se está turbada por vivos deseos, por fuertes voluntades, por grandes contrariedades. Cuando se siente algo apremiante, como dice la *Imitación: Todo deseo no viene del Espíritu Santo*, en estos momentos hace falta meditar de nuevo algunas de esas verdades en las que tenemos que estar fundadas, porque para nosotras todo está ahí.

Si en nosotras todo es para Dios, si ninguna criatura tiene el poder de separarnos de Dios, aunque sea un solo instante, si, como San Pablo, podéis decirnos: *¿Quién me separará del amor de Jesucristo?, ni la tribulación ni la angustia... ni el peligro, ni la persecución... ni la muerte, ni la vida... ni principados, ni potestades*⁴, entonces estáis en una situación muy segura. Si esto se manifiesta en cada momento de la vida, estáis incluso en un estado muy santo. Esto es lo que debemos procurar establecer en nuestra vida, volviendo a menudo a nuestro Señor, que es el modelo de todo lo que es fundamental en la vida cristiana.

² He 10, 9 y Ps 39, 8-9

³ Jn 4, 34

⁴ Rm 8, 35-39